Otras Ciudades

Claudia Hernández

as ciudades / Claudia Hernández

Otras Ciudades

Claudia Hernández

ALKIMIA
libros

Otras Ciudades
© Claudia Hernández
Producciones **Alkimia**
Colección **Rajatabla**
Libro 1
Primera edición por Revista **Alkimia**
Diseño: Maz**art**li
Prensista: Kevin Omar Carrillo
Se imprimieron 500 ejemplares
El Salvador, marzo 8 de 2001
Impresos Mazatli: **telefax (503) 286-4117**

Ya no habrá mujer que quiera en vano que yo viva, mi sombra no oscurecerá el suelo por la tarde.
Samuel Beckett

Asimetría

Pensó que la chica habría sido memorable si hubiera tenido los senos simétricos. Ella debió notar que él se había fijado en ese detalle porque ahí, en mitad de la plaza, se ruborizó, se llevó las manos al busto para palparse la imperfección y se le acercó para asegurarle que no siempre fue así, que –cuando adolescente- la gente le aseguraba no haber visto senos tan bien acabados como los suyos. Deben haberlo sido. Lo eran, aunque usted no crea. Le creo: solo un busto que fue perfecto puede hacer florecer una cicatriz como la que debe tener usted. ¿Quiere verla? No ahora, tengo prisa, me esperan al otro lado de la ciudad. De acuerdo, se la mostraré otro día. Otro día. Sí. Sí. Se aleja. Piensa en lo bueno que es saber mentir. Si hubiera hablado con menos aplomo, ella seguro se habría quitado la blusa, él le habría pedido que se cubriera de nuevo para evitarle la vergüenza y las miradas de reproche de las señoras, ella le habría dicho subiendo la voz que no le importaba la gente, él le pediría que se calmara, ella le habría mostrado la cicatriz y le habría ofrecido contarle la historia. No es necesario. Debe preguntarse por qué. No, no es algo que me importe. Desde luego que le importa: notó una diferencia que solo puedo ver yo si estoy desnuda ante el espejo y me concentro en el pasado. Es una diferencia muy pequeña. Es una diferencia. No sé por qué reparé en ella. Un tumor, eso tenía. Le digo que no tiene importancia. Es culpa del cirujano; podía haber dejado una cicatriz pequeña, pero quiso arrancarme la perfección, privarme de la gloria que pudo haberme producido. No diga eso. Es cierto, me lo dijo. A lo mejor bromeaba. Lo conozco, es mi padre: nunca bromea. Hasta allí llegaría. No sabría qué más decir, no conocía al padre, ni siquiera sabía cómo actuaban los padres, cerraría los ojos un instante y suspiraría. Luego ella le aseguraría que, a pesar de lo del tamaño, la piel que los recubría era inmejorable, ¿quiere tocar? No, ni siquiera quería verlos. El sabor es agradable, ¿quiere probar? No ¿Por el defecto? Tendría que aceptarlo: constantemente, aunque supiera que todas las mujeres tienen un seno ligeramente más grande que el otro, estaría pensando en la carne

que le fue extraída a ella, siempre la sentiría incompleta. Ella escucharía mordiéndose los labios, él le diría que no hay por qué angustiarse tanto, que puede buscarse un cirujano plástico. Entonces, ella podría decirle que no tenía dinero para eso, y saldría a las calles a diario en su búsqueda solo para reprocharlo con la mirada; o podría decirle que tenía razón, que sacaría de inmediato su dinero del banco e iría a reparárselo, aunque al final resultaría en lo mismo: saldría a buscarlo siempre por toda la ciudad, lo perseguiría para insistirle en que la viera, en que la tocara, en que la probara. Él le sonreiría, pero no podría disimular que seguiría pensando en que le hace falta algo, en que su perfección no es natural. Ella se echaría a llorar. Él no podría evitarlo. Sabe mentir con las palabras, no con los ojos. Procurará aprender.

Color del Otoño

1.

Se llama Margarita, señor. Tendría que haber muerto hace tres días, según los cálculos, pero sigue ahí. Por supuesto, no he llamado a su puerta para reclamarle por no haber cumplido con la fecha de la muerte ni pienso cobrarle los días más que se quede en la habitación (siempre y cuando no excedan de cinco).

A mí también me parece atractiva ahora, pero sé que su belleza actual es solo un espejismo. Todas las mujeres que van a morir se ponen así de hermosas. En su lugar, no me dejaría seducir por su mirada suelta ni permitiría que me hiciera sentirme responsable por ella, correría de inmediato en la dirección contraria a sus ojos y me escondería en la primera casa que me abriera sus puertas hasta olvidarla. Claro que a mí me resultaría mucho más fácil que a usted: soy un hombre viejo, ya no me importa si puedo salvar a alguien; además, he vivido con ella ya varios meses, no me engaña su encanto de ahora, sé cómo es en su estado natural: una mujer opaca, más bien marchita, como es propio de cualquier mujer de su raza a los 24 años. El cuerpo esquelético de ahora no se parece en nada a la silueta de animal con que se presentó a mi puerta para alquilarme la habitación que me sobraba. Eso sí, la voz era mucho mejor antes, hoy es solo un chillido ofensivo que, sí, claro, usted no la ha escuchado hablar aún, ni creo que lo haga: a ella no le gusta recibir visitas, nunca las recibió, tampoco vinieron a buscarla muchas veces, tres o seis, tal vez fueron menos, seguramente los parientes, siempre uno distinto cada vez, le dejan recados conmigo y números de teléfono, pero ella no los visita –no sale- ni los llama –su habitación no tiene teléfono-. Solo nos recibe a mi señora –que le llevaba comida y cumple con sus encargos- y a mí –que le cobro las mensualidades-. Pero tiene un amante (no se lo digo por desalentarlo). Al principio, mi señora y yo pensábamos que se trataba de pasos insomnes, pero el sonido era demasiado delicado para ser el de simples pies, por eso dedujimos que eran besos de ella para alguien a quien nunca vimos salir por la puerta de nuestro apartamento. No le reclamé

porque me apenó que supiera que estábamos escuchándola siempre; mi señora en cambio sí lo hizo, le dijo que le habíamos rentado la habitación porque -aunque moribunda- nos había parecido una chica decente, pero que estaba desilusionándonos con su actitud. Ella la miró indiferente, se dio la vuelta y dijo no saber de qué le estaba hablando. De los besos, le dijo alterada mi señora, y la chica repitió con voz aún más baja que no sabía acerca de qué le estaba hablando. Concluimos que a lo mejor da besos dormida a un amante del pasado. O a un fantasma. Es todo lo que le puedo decir, lo demás sería indiscreción de parte mía. Pero puede preguntar al 7038131700, ese número marcó la única vez que pidió prestado el teléfono. Llame. En el 7038131700 vive alguien que sabe de ella.

2.

En el 7038131700 viven un fumador y una histérica. No se hablan entre ellos desde hace tres años. Tampoco saben de la chica. Jamás escucharon de ella. En cambio, sí oyeron hablar alguna vez de un amante, pero no están seguros de que se trate del mismo, amantes hay miles.

La mujer me dice en voz baja que a lo mejor su marido es el amante ese. Él alcanza a escucharla, la toma por la cintura la sienta en una silla lejana. Me dice que no le crea: él no tiene amantes, lo que tiene son mariposas, una colección impresionante, me la muestra, me dice sus nombres y las fechas en las que su mujer y él las atraparon. La última tiene escrita la fecha de ayer con la letra de ella. Creí que no se hablaban desde hace tres años. La mujer, desde su esquina, cuenta en voz alta las historias de amantes que ha escuchado. No nos hablamos desde hace tres años, pero seguimos coleccionando mariposas juntos. Hay cosas que no cambian porque uno deje de hablar: seguimos bebiendo leche entera por las mañanas -300 ml cada uno-, comiendo ternera cuando se da la ocasión y cazando mariposas. También nos abrazamos de vez en cuando, dice ella desde su silla. Miente, no nos abrazamos; alguna vez -y en muy raras ocasiones- chocamos en el intento por atrapar una mariposa, pero nada más. Si seguimos viviendo juntos es porque no queremos dividir la colección y porque nos resulta más barato mantener el apart[illegible]rque no p[illegible]

precio del divorcio, agrega ella. Es cierto. Asienten al mismo tiempo. Después de un rato me dicen que ha sido un gusto recibirme en su hogar, pero que es hora de que me vaya. Ellos no pueden ayudarme más. Ella me pide la dirección de la chica, irá a verla desde la acera, por curiosidad, dice –nunca ha visto a una moribunda-. Él ni siquiera está interesado, pero me pide que no se la proporcione. Conoce a su mujer: quiere preguntarle a la chica si él pasa con frecuencia por ahí y si alguna vez fueron amantes. No quiero que la incomode. Me levanto tan pronto como puedo. La mujer me exige el dato, me pregunta si soy acaso cómplice de su marido. Él cierra la puerta. Pregunto desde el pasillo por qué la chica llamó al número de ellos. Ella me abre, dice que porque su marido es el amante ese al que besa por las noches; me pregunta si quiero ser su amante, para vengarse. Él grita desde la cocina que lo más seguro es que la chica llamaba al antiguo inquilino. ¿Antiguo inquilino? ¿Sí o no? ¿Qué? Sí, nos mudamos acá hace dos meses apenas. ¿Será mi amante o no? ¿Sabe el nombre del antiguo inquilino? No, pero el agente que nos hizo el contrato debe saberlo o -por lo menos- sabrá contactarlo con el dueño; voy a conseguirle la tarjeta, espere un momento. Espero un momento. La mujer espera mi respuesta. El fumador me da un papel color del moho con un nombre y un número de teléfono. La mujer intenta acercarse a mí. Me despido de él. Me desea suerte. Me despido de ella. Me desea que fracase. Bajo las escaleras.

3.

Bajo las escaleras espera una anciana. A cualquiera. Me mira de frente. No hay color en sus ojos. Le tiembla la barbilla. Me dice que está muerta.

No ha entrado a su apartamento y ya –por el silencio que de su dentro- lo sabe. Estaba advertida. Me lo dice: su hija tentación del otoño, se fue. Me toma de la mano y me asta su puerta. Me pide que la acompañe mientras llegan dicina legal a reconocer el cadáver. No se atreve a entrar. Detrás de la puerta yace su hija, Margarita. Es el día. Lo advirtieron en la radio.

4.

Lo advirtieron en la radio: es epidemia de un día. Las llamadas Margarita se dejan cautivar por el color del otoño y se van a perseguirlo en esta fecha si se las deja solas y si no se les presta atención. Se despojan de la vida para alcanzarlo. La gente no suele creer en la veracidad de esas advertencias hasta que se hacen ciertas frente a sus ojos, cuando ya es muy tarde. Esa señora hizo mal en ir a comprar a la hora en que se llena la panadería. Fue un descuido. Yo he tomado precauciones a pesar de que no tengo una sola familiar o amiga que lleve ese nombre. Esta misma mañana, por ejemplo, salvé a una chica de que fuera a ser atropellada por un camión. A Dios gracias, el conductor detuvo a tiempo su marcha también –ya estaba advertido, la radio había anunciado día de Margaritas suicidas- y no hubo víctimas. Él y yo nos sonreímos. La chiquilla ni siquiera nos dio las gracias, se largó ansiosa, por lo que concluimos que debió haber sido una de esas Margaritas suicidas que tanto lío andan dando por la ciudad, y nos dispusimos a seguirla.

Lo intentó en dos calles más. Fracasó gracias a que el camionero y yo alertamos a coro Margarita suicida, Margarita suicida. Finalmente, la atamos de pies y manos y la llevamos a la dirección que tenía anotada en su identificación. Sus padres ignoraban que la muchacha había salido de casa, ni siquiera sabían que era día de suicidios. Por un momento, hasta pensaron que los estábamos engañando. Después, claro, estaban avergonzados. A la señora le dio por llorar. El señor tomó de inmediato las llaves de su automóvil y se puso en marcha: quería estar seguro de que su madre se encontraba bien. Le pidió a su esposa que la llamara y la mantuviera en línea hasta que él llegara a acompañarla. También se llamaba Margarita.

Por supuesto, uno no puede andar salvando a todas las Margaritas que conoce y a las que no conoce, no puede uno andar por la vida resolviéndole la existencia a los demás. El mío fue un caso excepcional. Lastimosamente no estuve cerca para ayudar a esta dama. Me siento culpable. Usted por lo menos la acompañó hasta que le hicieron el reconocimiento al cadáver, pero yo ni siquiera la conozco, no puedo acercarme para darle el pésame porque seguramente no va a reconocerme como amigo suyo, rechazará mis condolencias y

me reclamará por haber osado entrar en un dolor que no me pertenece. Y tendrá razón: el dolor es lo más privado que una persona puede tener. A nadie le gusta recibir a extraños en sus funerales. Será mejor que me vaya. A lo mejor pueda salvar a otra Margarita este día. A lo mejor solo me dedique a caminar un poco. Aún no estoy seguro.

5.

Aún no estoy seguro de que sea él. Lo he seguido de cerca por casi tres cuadras y no termino de convencerme de que sea el amante del que habla el casero. Para mi gusto, tiene las manos demasiado blancas y las ojeras muy marcadas, sin embargo luce como amante de una chica moribunda, como dijo el casero que debía lucir.

Es él. Lo han llamado por el mismo nombre que el casero dijo que la chica pronunciaba a veces. Me le acerco. De cerca tiene otra fisonomía y otras maneras, pero sigue pareciendo amante de la moribunda. Se lo pregunto. No. No es su amante. Es su hermano. Le extraña que ella pronuncie su nombre, tampoco a él ha querido verlo y no cree que esté arrepintiéndose a última hora, ella no se arrepiente, por eso no ha ido a buscarla como el resto de los parientes. Pregunta si a mí me ha permitido acompañarla. Le tranquiliza saber que tampoco. Pero yo no se lo he pedido siquiera. Él no lo sabe. Cree que soy uno de sus amigos. Le pregunto por el amante, el de los besos. No sabe. Dice que nunca le conoció uno. A cambio, me habla de la manía de ella por caminar con pasos suaves en las noches de insomnio y de los árboles que le gustan; me señala su favorito: tiene el color de su piel. Nos sentamos a mirarlo. Lo escucho conversar con él como si se tratara de su hermana. No le pregunto más por temor a que descubra que no la conozco.

Termina el encuentro. Se despide. Me pregunta si por casualidad hablé ya con Agustín, si sé algo de él. Estuve con el señor Aguilar esta mañana. No, con el casero no, me dice, con Agustín Aberasturi. Agustín Aberasturi.

6.

Agustín Aberasturi está muerto, tendrá que esperar un momento. Me hacen sentar: van a desenterrarlo. Murió hace una semana. No tiene

caso, entonces, me voy. No, por favor, espere: él pidió que lo desenterráramos si alguien venía a preguntar por él, le gustaba atender a sus vistas personalmente. No se moleste por causa mía. No se preocupe: no es el primero que ha venido a buscarlo, parece que no dejó arreglado todos sus asuntos. Lo mío no tiene que ver con él. Entonces, ¿para qué vino a buscarlo? Por curiosidad: el hermano de Margarita me preguntó si había hablado con él. ¿Cuál hermano de cuál Margarita? No supe responder. ¿Cuál hermano de cuál Margarita? Conocemos muchas Margaritas con hermanos. Una que debió morir hace tres días. Ah, sigue viva, murmura. Es una tragedia que no se haya cumplido con ella como con mi padre. Se conocían, entonces. Claro, en el hospital: a ambos le dieron la fecha de muerte el mismo día, juntos. Esa noche vino a cenar, al día siguiente nos llevó a casa de su familia, una chica simpática. Y muy hermosa. No me lo pareció. Debería verla ahora. Puede ser, es un síntoma. ¿Su padre también se volvió hermoso? No padecían la misma enfermedad, por eso ella viviría cuatro días más, según el cálculo, pero parece que ha tenido un atraso, ¿por qué?, ¿no pagó sus impuestos? ¿Impuestos? ¿No lo sabe? Uno puede dejar pendiente cualquier cosa, pero no el pago de impuestos por muerte, sin eso no le está permitido suspender la respiración. No lo sabía. A lo mejor sea esa la causa del retraso; pregúntele, es posible que lo haya olvidado. A mi padre tuvimos que recordárselo nosotros: con eso de las fiestas a las que van antes de morirse se vuelven olvidadizos. Ella no va a fiestas, si sale es solo al balcón. Debí suponerlo, era una chica muy tímida, nunca aceptó que pasáramos a recogerla para ir a una. De hecho, las últimos meses ni siquiera respondió a nuestras llamadas. Se mudó.

7.

Se mudó sin avisarnos. Una noche trajo a cenar a una familia escandalosa y, al mes siguiente, simplemente ya no estaba. Creímos que se había ido con ellos. La llamaban frecuentemente. Luego nos enteramos que se iba a morir, nos lo dijo el señor Aberasturi, nos lo confirmaron en el hospital, donde había dejado todas las facturas pagadas, incluso el impuesto por muerte del que usted me habla. Nos desesperamos. Preguntamos a sus pocos amigos si sabían algo, pero

ni uno supo darnos respuesta, estaban tan sorprendidos como nosotros, nadie había sospechado siquiera que estuviera enferma, nunca hablaba acerca de sí. A veces nos daba la impresión de tener a una extraña en casa, pero no se lo decíamos, no queríamos perturbarla –parecía estar siempre ocupada pensando en algo importante-, mucho menos herirla.

Al principio decidimos esperar un poco, imaginamos que deseaba estar un tiempo sola, y nos pareció justo. Pero cuando transcurrieron los meses y seguíamos sin saber de ella, formamos una cuadrilla y salimos a buscarla por toda la ciudad (no podía ir más lejos, no sabía cómo). Quien la encontró fue su tío Raúl: estaba asomada en el balcón de una cuarta planta. Llamamos a la puerta, pedimos hablar con ella, verla, pero no quiso recibirnos. Dijo estar ocupada. Esperaba el final del otoño, no quería perderse ni un instante, nos lo dijeron los señores que le alquilan la habitación. Ellos nos hacen el favor de interceder por nosotros y de transmitirle los mensajes telefónicos que recibimos para ella. Aún no responde al primero, pero esperamos que reaccione. La queremos de vuelta en casa. Antes de que llegue el invierno.

8.

Antes de que llegue el invierno ella habrá muerto. Nosotros erramos de vez en vez -casi nunca-, pero no con márgenes grandes. Si le dijimos a ella que moriría para esta fecha, morirá, téngalo por seguro. Que siga viva no significa que haya mejorado, sino que o es muy terca o nos dio mal la fecha en que tuvo su primer síntoma. Si gusta, revisemos su expediente. No, no es ninguna molestia. Al contrario, para nosotros es importante que los familiares y amigos de nuestros clientes se informen lo más completamente posible, eso les ayuda a saber cómo tratarlos. Siéntese.

9.

Siéntese, por favor, la señora vendrá en un minuto. Aparece una vieja con una amplia bata amarilla que me mira fijamente a las arrugas de la frente, a las manos, a la boca. Antes de que le pregunte por la chica, me dice que no debo preocuparme más, que no es asunto mío. Sé –de alguna manera- que debo irme, pero permanezco un rato más en

su sala intentado hacerle creer que no sabe para qué he llegado a verla. Me advierte que el invierno se está acercando, que el color del otoño está desapareciendo, que la última hoja está por caer, que debo irme pronto si quiero contemplar el espectáculo. Quiero saber por qué la llamó. No: quiere saber porqué no le contesté. Ella lee mi mente mejor de lo que yo lo hago. ¿Por qué? Yo no hablo con muertos. Ella está viva. Nadie puede contra el otoño. Me insiste en que la última hoja está por caer, que vaya a recogerla.

Voy a recogerla.

10.

Voy a recogerla en cuanto caiga. Mientras, la observo sucumbir a la tentación, entregarse al asfalto, abrir las manos, cortar el viento, provocar la angustia del balcón, que se queda huérfano de ella. Se mira hermosa aún con los ojos cerrados, mucho más que antes. Puedo salvarla, correr hacia ella y esperarla con mi cuerpo en tensión. Puedo salvarla, pero estropearia su encuentro con el color del otoño.

Me detengo en la esquina y la miro en su silencio, que también es el mío. La contemplo. Hasta que la ceremonia termina. Miro cómo la detiene el suelo y se esparcen su belleza y su aliento sobre él. Me acerco para recogerla. No hay nadie en la calle. Es nuestro único momento a solas. Aprovecho para acariciarle una parte del rostro, cualquiera, para darle un beso. Su cuerpo no opone resistencia. Luego pido que llamen a una ambulancia. Se acercan los vecinos. Acuden las autoridades. Me preguntan si la conozco. Me preguntan si sé su nombre. Se llama Margarita, señor.

Hoy (por la mañana)

El hombre era en realidad un muchachito, veintiuno o veintidós años, no más, pero hablaba como si tuviera más de treinta, me pedía ábrame, señora, a mí, que no soy tan mayor, apenas unos años más que él, por favor, me siguen, y dijo con una voz tan dulce que hacía parecer irreal que nadie de la calle hubiera querido abrirle cuando tenía balas en busca de sus huellas que yo podía salvarlo. ¿Qué dice? Y me explicó de nuevo aunque no era necesario, todos sabíamos que los muchachos se metían en esa clase de líos y luego debía uno –si podía- esconderlos, ayudarlos a escapar, pero esa vez no podía, tenía niños ajenos bajo mi cuido, si estuviera sola le aseguro que lo pasaría de inmediato, pero hay niños, mire, cuatro, y no puedo arriesgar a cuatro chiquitos por lba a decirle por usted, pero ya él había entendido que no se pone en riesgo la seguridad de cuatro niños por un desconocido al que persiguen, que si las balas llegaban a encontrarlo en esta casa se alojarían también en los pequeños y en quien los cuidaba, entiéndame, pero ya se había marchado con rumbo a la esquina y rumbo a la esquina las balas lo detuvieron. Dos explosiones rojas en la camisa hicieron que mucha gente –vecinos y perseguidores- lo rodearan, le pusieran cerco, aunque ya no podía ir a ningún sitio. Era del suelo y del muro rosa de la casa de esquina, que se había manchado con las marcas de las explosiones y de su sangre. Había sido todo, tristemente. Lo comentamos con pesar, como si hubiéramos conocido al chico desde siempre y conversado con su madre por las tardes; no era que lo quisiéramos, pero se trataba de un ser humano, un muchachito que probablemente hubiera vivido otros veinte o cincuenta años, a lo mejor mucho más, y estaba allí tendido en lugar de andar adornando parques con su novia de la mano o presentando un examen en la facultad, toda una pérdida, lástima que se hubiera metido en líos, lástima que hubiera corrido en este sentido de barrio, mala suerte que tocó en las puertas equivocadas, que no llamó a la casa cuarenta y uno y le pidió refugio a la señora de allí, que no teme, que es valiente, que si lo hubiera visto no hubiera esperado a que se acercara, habría abierto la

puerta y llamado para que entrara, lo habría escondido y no le hubiera preguntado ni su nombre ni las razones por las que estaba siendo perseguido para no saber, para responder que porqué tendría que tener dentro de sus muros a alguien de quien no sabía siquiera el nombre, que era mujer decente, que no tenía por costumbre meter a su casa muchachitos de esos, que ya dejaran de molestarla y se fueran a buscar a dónde sí podían encontrarlo, que en la casa de las viejas no hay más niños que los nietos y ella no tenía nietos, ni siquiera tenía hijos, ni había querido tenerlos porque para qué amargarse con los problemas de otros cuando uno podía llevar una vida reposada y larga con solo evitarse quehaceres innecesarios. Pero dice haber salido por el pan a una hora en que no suele hacerlo. Si el muchacho hubiese llamado a su puerta, nadie la habría abierto, es decir, igual habría acabado en esa esquina o unos metros antes. Pero, si hubiera estado, el muchacho estaría vivo, le habría agradecido la ayuda y habría escapado por la parte trasera de su casa, que da a unos matorrales; habría huido y a lo mejor jamás lo hubiéramos vuelto a ver por estos rumbos, pero todos sabríamos que, el día que por casualidad sucediera, él le daría las gracias, señora, no tiene idea de cuánto significó para mí, claro que la tengo, estaba consciente, por eso le abrí, pero pudo haber muerto, ¿sabe?, usted también y se habría llevado mi paz bajo el brazo, señora, digamos que también lo hice por mí, y se habrían sonreído, quién sabe, a lo mejor hasta resultarían abrazándose y visitándose los domingos por la tarde. Pero ya todo eso no será. El muchacho está tendido con la rapiña humana rodeándolo. Los dueños de la casa de esquina han salido para limpiar la mancha de sangre de su muro rosa antes de que se seque y sea difícil de arrancar, pero es ya tarde para todos: tarde para los dueños de la casa de muro rosa, que ya no podrán quitarla; tarde para el muchacho, que ya no podrá recuperar lo perdido; tarde para el barrio, que siendo tan nuevo cuenta ya con su primera culpa.

Empleo Temporal

Hacia la derecha, tres cuadras después del parque, una casa celeste con margaritas de plástico en la ventana. Si abren sin preguntar quién busca es que se trata de ellos y lo estábamos esperando, pase adelante. Se ha retrasado diez minutos, ¿lo sabe? Claro que lo sabe, pero es que debí esperar a que el ciclo de la lavadora concluyera, si uno no la apaga luego gasta demasiada energía y el recibo de la compañía eléctrica se sale del presupuesto. Bueno, de acuerdo, pase, habíamos contado con un posible retraso. Procedamos. ¿Necesitan que les eche una mano? No se preocupe, no hay necesidad. Pues no sería molestia. Limítese a cumplir con su contrato. No entrometerse, no ver, esperar, en veinte minutos habrán cesado de respirar y debe tomar el teléfono con guantes y llamar a la policía, quiero avisar que hay tres tipos muertos, hablo del 723-4876, de todas maneras lo saben, no, no soy pariente de ellos, no hubo tiroteo, no, no sé cómo, sólo sé que están muertos, soy su empleado, vengan pronto, no dar su nombre, colgar y salir sin dejar huellas. Los guantes debe quitárselos al llegar a la esquina y dejarlos ir por el sanitario de un restaurante de comida rápida, no estaría mal que se tomara una soda o comiera algo. Acá está su dinero, lo acordado, si desea puede contarlo. Lo toma Piensa decirles que ha sido un gusto trabajar con ellos, es una frase amable, pero no hay tiempo, se han encerrado en la habitación y han echado a andar el cronómetro. Faltan diecinueve minutos. Debe tomar su posición.

Nadia (1)

Fue a eso de las 6:38 ó 6:39 porque mi cliente de las 6:40 apareció unos instantes después para recoger su pedido de siempre y no vio a ningún perro con mano de mujer en las fauces; dijo que a lo mejor había estado soñando. O bebiendo. ¿Bebiendo? Había bebido algo, sí, pero no como para estar viendo cosas que no son. Por supuesto, a él no le interesaba lo que yo tuviera que decir al respecto. Dio las gracias y se marchó. Jamás se detiene a escuchar. Le doy lo que me pide, le comento algo y contesta automáticamente, luego da las gracias y se larga. Antes se despedía, pero la rutina lo ha vuelto menos amable. Un día de estos seguramente me dirá que no tiene deseos de conversar o simplemente me extenderá el importe de su compra y se irá sin siquiera dar las gracias. Mi señora sostiene que uno de estos días dejará de aparecerse por acá y que será por culpa mía, que nos cambiará por el supermercado porque ahí atienden chicas que no comentan sobre los resultados del fútbol, no intervienen en los problemas de los vecinos ni recuerdan el rostro –mucho menos llevan un registro de pedidos- de los clientes aunque el día anterior les hayan sonreído y deseado buen día o dicho que esperaban verlos pronto, que están para servirles. A la gente de hoy le gusta que le mientan y que no la recuerden, se sienten más cómodas si uno no lleva cuenta de ellos. Asegura que mi conducta los espanta. Está de acuerdo en que sea amable, pero me insiste en que no que no converse demasiado. Cree que hablo de más. Quiere que deje de aturdir a la gente y de inventar historias como las del perro con mano de mujer en el hocico porque luego los clientes piensan que soy un pobre jubilado que se ha dado a la bebida, que es triste llegar a la edad que yo tengo.

Le doy a mi mujer explicaciones que no me pide: mi intención era ayudar a la muchacha, por eso le pregunté al de las 6:40; el dato que me diera me ayudaría a orientar a la dueña de la mano, que ya debía estar tras la pista del animal ese. Querías conversar. No. Si de verdad querías ayudar, habrías corrido tras el perro y le hubieras arrebatado la mano que llevaba para devolvérsela a su dueña cuando

apareciera; pero, en lugar de darle alcance o de alertar a los demás para que lo detuvieran, estoy segura de que le sonreíste y hasta le deseaste buen provecho, ¿me equivoco? Es increíble cuánto se puede llegar a conocer a alguien viviendo a su lado. Fue así. Luego le comenté el hecho al cliente de las 6:40 y me creyó borracho porque le dije que el perro había correspondido a mi saludo. La culpa es mía: debí haber sido más preciso. Dicho como se lo dije cualquiera pensaría que el animal detuvo su marcha frente a mi tienda, se sacó el sombrero, me hizo una reverencia y me deseó buenos días cuando, en verdad, apenas ladeó la cabeza y se limitó a sonreírme con el pedazo de hocico que le quedaba libre.

Pude haberle sacado conversación, parecía agradable, pero me pareció inapropiado obligarlo a detenerse para charlar, no porque me pareciera que huyera –no creo que fuera un ladronzuelo, como supone mi señora- sino porque no me hubiera gustado comprometerlo a convidarme de su botín. Preferí quedarme al frente de la tienda esperando a que pasara al concluir sus asuntos y se detuviera por su voluntad para comentarlo conmigo. Lo invitaría a un cigarrillo. Pero la que pasó fue la chica dueña de la mano que el animal llevaba en el hocico. Corría menos de lo que sus zapatos de siete centímetros de tacón le permitían. Se miraba aturdida. Se fue hacia allá, le dije, no iba a esperar a que me preguntara si había visto lo que había visto. Se miraba buena chica, algo apresurada, por eso entiendo que no se detuviera a darme las gracias, aunque presumo que pretendió hacerlo porque levantó el brazo derecho y lo agitó como si aún tuviera la mano puesta en su lugar, y siguió su marcha, aunque no por la ruta que le indiqué. Imaginé que le tendería una emboscada.

Esperé de pie al lado de la puerta a que pasara cualquiera de los dos. Con lo que me dijera alguno de ellos o con lo que viera en su gesto podría haber adivinado el total de la historia, pero ni uno regresó por mi calle. Difícilmente pasarían al día siguiente para ponerme al tanto, por eso me quedé vigilando un rato más. Cuando llevaba ya siete horas de guardia y los clientes que viven en esa calle no supieron darme datos ni del perro ni de la chica, perdí la esperanza de volver a verlos y decidí empezar a olvidarlos. Una copa no me habría caído mal en ese momento.

Nadia (2)

Mientras la relación fue por escrito, me agradaba, creía que intentaba bromearme con sus notas extrañas, confundirme un poquitín para despertarme el interés, y sentía que lo lograba porque me empeñaba en descifrar un sentido oculto en sus líneas. Pero, desde que hablé por teléfono con ella y me di cuenta de que en realidad hablaba, pensaba y sentía de esa manera, me pareció una mujer sin mayor gracia. Aburrida. De haber sido de otra forma, quizá la habría esperado dos o tres horas más sin quejarme, pero, cuando el retraso sobrepasó los quince minutos, comencé a escribirle una nota diciéndole que lo sentía mucho, de verdad, pero que no podía quedarme a esperarla más, que probablemente ella ni siquiera llegaría y la nota terminaría siendo leída por el mesero a la hora de recoger las mesas y cerrar el bar, así que nos pondríamos de acuerdo más adelante, que yo la llamaría, lo cual no era cierto, no tenía intenciones de renovar la cita ni de llamarla nuevamente. Su retraso me era providencial, me evitaba tener que soportar sus historias absurdas por algo más de una hora y mentirle al despedirnos, decirle que ese primer encuentro con ella había sido muy agradable y que me encantaría que volviéramos a encontrarnos. Pero ella llegó antes de que terminara de escribir la nota disculpándose una y otra vez por más que yo le decía que no necesitaba hacerlo, de verdad, será otro día. Aún estamos a tiempo. No lo creo: acordamos una hora, más o menos, y hemos perdido más de quince minutos, ¿entiende? Mejor lo dejamos para un día en que tengamos horarios más holgados, ahora debo irme. Y me insistía en que el retraso había sido involuntario, que venía a tiempo, pero que un lobo le arrancó la mano camino a la cita y tuvo que seguirlo para intentar recuperarla, no quería aparecerse incompleta. El colmo fue que intentara mostrarme un muñón como prueba de que lo que me decía era cierto. Por favor, le pedí, eso es desagradable, piense en los clientes de este establecimiento, ¿qué dirán si usted descubre los jirones de su derecha?, les echará perder el rato, se sentirán obligados a sentir lástima por usted y harán el trago a un lado y cambiarán el

tema de su conversación a causa suya. Asintió. En su lugar, no los incomodaría, no vaya ser que más de alguno tenga planeado ir luego por algo de comer. Tiene razón. Suelo tenerla. Es que quería que me creyera. Ande, vaya a su casa o a un hospital, que es donde tendría que ir si es que en verdad lleva bajo su abrigo una herida fresca en lugar de su mano.

No quise ofenderla, es solo que estaba irritado a causa de su retraso. Le había suplicado que fuera puntual, para eso dejé que decidiera ella el lugar y la hora, incluso le sugerí que el encuentro fuera cerca de su lugar de trabajo, algún bar de la misma cuadra, la cafetería de su edificio, un sitio al que no se le dificultara llegar y a una hora prudencial, con suficiente margen para no usar como pretexto los congestionamientos o las asignaciones de última hora en el trabajo. Y, sin embargo, llegó tarde. Tarde y con una historia mal armada, demasiado burda para mi poca paciencia. No esperaba que fuera elegante, pero hubiera agradecido que fuera honesta. Se lo dije. Eso y que ya no esperara llamadas telefónicas ni notas mías en la pantalla de su ordenador, no iba a engañarla, no me gusta jugar con la gente, mejor ser franco, decirlo todo, dejarle claro que si acepté llegar a la cita fue por pura educación, una cortesía en honor a la relación que pudo haber nacido, pero nada más. Ella dijo que estaba bien, que no tuviera pena, que me fuera sin cuidado, que no iba a molestarme ni a insistirme. Una acción sensata. Tuve que decirle que apreciaba que no hiciera un drama de eso. Luego agregó que me agradecía el detalle de haberme presentado y haber escrito una nota en lugar de marcharme así por así. Preguntó si podía leerla. Por supuesto. Tiene una letra muy hermosa, ¿sabe? Cierto. Me lo han dicho desde siempre. Muy hermosa... me hubiera gustado tenerla así. Es cuestión de práctica. Lo mismo decía mi madre: uno puede tener la letra que desee siempre que se lo proponga. Pues propóngaselo. Antes debo proponerme aprender a escribir con la izquierda, que es lo único que me queda. Ahora debo irme. Claro. Pida lo que guste, yo me haré cargo de la cuenta. Sonrió. ¿No la ofendo con ese ofrecimiento, cierto? Para nada. La acompaño a la barra. No es necesario. Vamos. Pida lo que desee. Si hubiera pedido un whisky –yo lo habría hecho doble- me hubiera quedado. Pero ella ordenó una cerveza. En botella. ¿Algo más? No,

gracias. ¿Segura? Completamente. Cancelé su cuenta y dejé una cantidad extra por si se le ocurría pedir algo más, incluí la propina. No es necesario. Es una atención. Hubiera preferido que escuchara lo que tenía que decirle. Hasta luego. Que tenga buena vida. Procuraré.

Nadia (3)

Cuando el tipo que la acompañaba se marchó, me pidió prestado el teléfono. Lo siento, tenemos por norma no prestarlo. Entonces me pidió que le indicara dónde encontrar el baño de damas. Tenemos uno solo, a la izquierda, tendrá que ocupar ese. ¿Tiene jabón? De seguro. ¿Antibacterial? No lo sé, pregúntele a Sofía, ella es la que se encarga de esos detalles, Sofía, ven, la chica quiere saber si el jabón del baño de clientes es antibacterial. No era, pero olía muy bien. La chica suspiró. ¿Es necesario que lo sea? Hubiera sido preferible. Sofía dijo tener uno en el baño de empleados, ¿para qué lo quiere? Y nos mostró una herida en el antebrazo que ocupaba el sitio de su mano derecha. Venga por acá. ¿Necesita ayuda? ¿Quiere que llamemos una ambulancia?, ¿que la llevemos a algún hospital?, ¿qué avisemos a alguien? No, gracias, estoy bien. Solo quería lavarse. ¿Segura? Completamente. Parece una herida de lobo, dijo Sofía, su abuelo había tenido una similar. Lo es. ¿Intentó pegarla? Su abuelo había hecho eso, se la había arrebatado al animal y vuelto a colocar en su sitio de inmediato. No alcanzó al lobo, el muy astuto se había colado entre la multitud y ella apenas había podido correr con los zapatos que llevaba puestos. Se los hubiera quitado, se tiene más velocidad cuando se está descalzo. Tenía una cita, habría roto sus medias y sudado demasiado, ya suficiente mala presentación tenía con la sangre que estaba derramando. Y ni siquiera llegó a tiempo, quedó mal. ¿Con el caballero que pagó su cuenta? Con él. ¿Sabe que puede ordenar algo más, no? Sí. Apuró la cerveza. Ron. Se lo servimos. Le habríamos servido cualquier cosa que pidiera, incluso si el precio sobrepasaba la cantidad que el caballero de la cita había adelantado. Sofía estaba impresionada, pronunciaba frases de consuelo e incluso llegó a decirle que había escuchado de casos en los que los miembros perdidos retoñaban, así que debía tener fe y esperar porque a lo mejor eso le sucedería. La chica le sonrió. Cuando se alejó, me comentó que Sofía era muy dulce. Mucho. Un encanto. Única. Vale oro. Lo sé. No se encuentran niñas como ella en cualquier sitio, ¿es su pareja? Sí. Pero no llevan mucho tiempo viviendo juntos. ¿Cómo lo

sabe? Tan solo lo supuse. ¿En serio? Cambió de tema con habilidad. A lo mejor adivinó que la conversación duraría más de tres horas y que yo no la dejaría marchar hasta que me escuchara todo lo que tenía que decirle acerca de esa muchachita con la que estaba viviendo. Tampoco quería tocar más el tema del lobo. La mano ya la había perdido, así que no tenía sentido continuar con eso, pero yo quería saber cómo había sucedido. No terminaba de explicárselo a ella misma. El animal sacó provecho de la multitud, ya sabe cómo se ponen las calles y las estaciones de metro y de autobuses en esta época, pueden quitarle la ropa y usted no se entera. No habría caído en la cuenta de lo sucedido hasta llegar al bar y quitarse el abrigo, querer lavarse las manos y encontrar que solo tenía una de no haber sido porque vio al lobo de reojo y le pareció que la mano que llevaba entre dientes gritaba su nombre Nadia, Nadia, Nadia, incesantemente. Lo demás fue como se imagina, comencé a seguirlo, no lo alcancé, me di por vencida, vine tarde a la cita, estoy conversando con usted. Hoy no es mi día. No lo decía por mí. ¿Tiene un poco de hielo? Todo el que guste. Se lo puse en una cubeta. La gente se acercaba con disimulo para ver. ¿Duele mucho? Nada. Y la invitaban a una copa a cambio de que contara su historia una vez más.

Nadia (4)

Me pareció sensata. Vino temprano, me explicó lo del brazo sin rodeos y presentó su renuncia de inmediato. Muy juicioso de su parte, sabía bien que la habríamos despedido de todas maneras, no nos sirve una secretaria con una sola mano, aunque sea muy amable. Fue un gusto trabajar con ustedes, estuvimos encantados de tenerla como empleada y una serie más de frases de cortesía y despedida, nada fuera de lo común hasta que quiso despedirse del resto del personal y del dueño, si era posible, no creo que se pueda, pero le preguntaré, gracias. Me apena, pero no sé de quién me está hablando. Lo supuse, pero no se preocupe, me excusaré por usted. Pobrecilla. Puede sucederle a cualquiera, son los riesgos de andar en las calles, uno no puede pensar que regresará siempre ileso a casa. Si me espera diez minutos, la recibiré. No es necesario, de verdad. Sería lo menos que puedo hacer por ella. Creo que está queriendo manipular la situación, convertir en tragedia un simple incidente. No sea insensible, Villeda. Señor, sé reconocer a alguien que quiere sacar provecho de su situación, esta chica, con todo y todo, ya no se sentía cómoda en la empresa, era evidente, y ahora resulta que convenientemente perdió la mano a causa de un lobo en esta ciudad sin lobos. Villeda, Villeda. Nunca he visto un lobo en esta ciudad, fuera de los del zoológico. Pudo haberse escapado, siempre me ha parecido que esas jaulas no son del todo seguras. ¡Por favor! Lo que le sucedió a esa chica es una tragedia, dígale que la recibiré en unos minutos. La recibirá en unos minutos, aguarde, por favor. Muchas gracias. Ya podrá agradecérselo a él. No creí que fuera a recibirme. Lamento mucho lo que le sucedió. No fue culpa suya. Igual lo lamento. Debió dolerle mucho. Ya se imaginará. ¿Qué hará en adelante? Aún no lo sé. ¿No tiene empleo? Apenas sucedió ayer, no he tenido tiempo para pensar en eso. Pero ha venido a renunciar. Ahora o una semana más tarde sería lo mismo: ya no tengo mano y no va a nacérme una nueva. ¿Ha pensado en la rehabilitación? No creo que tenga la agilidad de antes con una mano de palo, por eso he decidido ~~dedicarme a otra actividad~~. Es usted una

mujer admirable. Es usted muy amable. Si desea regresar a trabajar con nosotros, ahora, la semana que viene o dentro de algunos años, acérquese con confianza, siempre habrá un puesto para usted. Muy amable. Villeda, hágase cargo de eso. Por supuesto, señor. Y me hice cargo. De eso y de indemnizarla, aunque por ley no tuviera derecho. Se salió con la suya la niña. Y supongo que, además, el seguro le dará algo por los inconvenientes. Villeda, no sea insensible. Intento ser práctico.

Nadia (5)

No me mueve la lástima. Le propuse trabajar con nosotros porque nos es conveniente. Estábamos necesitando ya a una persona más y ella no solo es una chica agradable, sino que atrae clientes, es buena para la conversación, empezando por todo lo que se refiere a ese vacío al final de su extremidad. Otra obviaría el tema, pero ella sabe sacarle provecho a su situación, incluso bromea acerca de cómo llegó a estar así. No se encuentran chicas como ella fácilmente. A Ricardo también le agrada, en ningún momento se opuso a que la contratáramos, incluso dijo que tenía pensado proponérmelo, solamente estaba esperando que pasaran unos días y me relacionara más con ella para que no fuera a pensar que lo hacía por lástima. Como mesera habría sido la mejor jugada del negocio, pero hubiera sido una crueldad ponerla a servir y limpiar mesas con una sola mano. Por lo menos no de inmediato. No descartamos la posibilidad. Una vez que se adapte al lugar y a su nueva situación se animará, seguro. Además, no faltarán clientes que le ayuden. La gente es más amable de lo que uno piensa, siempre están dando sorpresas. No necesitará siquiera asistir a esos programas de rehabilitación, lo ha dicho ya, se siente cómoda acá y está segura de poder prescindir de su mano y de llevar una vida feliz sin ella. Nosotros le ayudaremos.

Por el momento, le hemos asignado la caja. Confiamos en ella, difícilmente nos robará con una sola mano.

Nadia (6)

Cuando me entregó el cambio supe quién era. Tengo su mano, le dije. ¿Palideció? Debe estar equivocado. La tengo, no le miento. Usted se confunde. Reconozco su mano, tengo una igual en casa, bueno, parecida, frágil como la que tiene acá y con el mismo color de barniz de uñas, pero un poco descompuesta. Tengo una semana de alojarla en casa. No me prestó atención. ¿No me cree? Se la arrebaté a un perro cuando estaba por comérsela, supuse que la había robado. La tengo en casa, si quiere puede acompañarme para recogerla, será cuestión de unos minutos nada más, vivo cerca, a un par de cuadras. ¿Te está molestando este señor? No, no hay problema, está por irse. ¿Prefiere que se la traiga? Bueno. No le daba importancia a lo que le decía. Espéreme acá, verá que no le miento. Menos mal que no la había arrojado aún a la basura. ¿Qué le habría dicho? ¿Tenía su mano pero me deshice de ella hace un par de días? La saqué del hielo y se la llevé envuelta en un pañuelo ambarino. Me pidió contener la emoción o por lo menos disimularla, estaba en horas de trabajo. De haber sabido que la encontraría acá, no habría perdido el tiempo buscando de hospital en hospital a la dueña de una mano de dedos sin anillos y venas ligeramente saltadas. Ella no contestó. Miraba con recelo el bulto. Vamos, ábralo, verá que son las mismas medidas y que usted y ella se complementan. Después, me dijo en voz baja, y lo guardó en el bolso. Me pareció que entre dientes me llamaba absurdo. Sonrió. No esperaba que lo hiciera. Quería que comprobara que se trataba de la suya, aunque yo estaba seguro de que lo era. Me pidió que no la distrajera más, recién empezaba en ese empleo y no quería que los dueños del bar fueran a molestarse con ella por estar conversando demasiado tiempo con un cliente, aún estaba a prueba y no quería cometer errores o dar motivos para que le dijeran que lo sentían mucho pero que no podían emplearla en el bar y le dieran una excusa cualquiera. ¿Entiende que necesito el empleo, no? Por supuesto. Pero le agradezco el gesto de traerme la mano, luego se la probaría. Me invitó una copa -lo que quisiera- como recompensa. Me dio las gracias nuevamente.

Me aseguró que se la probaria en cuanto llegara a su casa, pero algo en el movimiento de sus labios me hizo pensar que no lo haria, que seguramente arrojaria el paquete al contenedor de la basura o lo dejaría por ahi para que sirviera de alimento a los gatos.

Juego entre tres

Cruza los dedos, hace ya diez estaciones que espera a que la siguiente parada sea la última. Lleva tres días yendo de tren en tren. No le vendría mal lavarse el cabello, dormir en una cama. Mira por el cristal. El tren se ha detenido. Un muchacho de cabellos rizados le hace señales desde una banqueta en el andén. Es la estación. ¿Qué tal el viaje? Creí que nunca llegaría. Los trenes siempre llegan a tiempo en este país. Sonríe. ¿Y ahora qué?, ¿dónde está él? No responde, besa sus mejillas según la costumbre y le dice que se verán después. Creía que la llevaría de inmediato con su amigo, ¿no habían quedado en eso? No. Se supone que ella lo encuentre a él, ¿no lo recuerda? La deja para que cambie algo de dinero y busque un lugar para dormir, no muy caro, suficientemente limpio. Le recomienda que busque en el centro. Encuentra uno. Buen precio (es temporada baja). Hablan español. Hablan muchos idiomas más. Cierran a la una. No se permiten visitas en las habitaciones. Hay que pagar la noche por adelantado. Cancela tres. El desayuno está incluido en el precio, lo sirve un anciano. 11:00 a.m. es la hora para abandonar la habitación. Se ducha y sale a la ciudad a buscar al muchacho que la invitó a llegar. Entra en los callejones, rastrea en los cafés, se asoma a los talleres, explora los museos, mira a los caminantes y a los turistas. Pregunta la hora. Debe regresar si es que quiere dormir en la cama por la cual ha pagado. Vuelve justo a tiempo. ¿Le ha gustado la ciudad? Muy linda. Está llena de encantos, le conviene utilizar un mapa-guía: la ciudad es pequeña, pero puede dificultársele encontrar lo que busca. ¿Lo que busco? Todo mundo busca algo, pero será mejor que continúe mañana. Descanse, le hace falta. Le hace falta encontrar a alguien. Hasta la mañana siguiente. Devora el desayuno. Lava su cabello, cambia sus ropas y se va a las calles con mapa en mano para ubicar los sitios de interés, para marcar los lugares por los que pasa, los espacios en los que probablemente encuentre a quien la invitó a llegar, los rincones donde es posible encontrarlos a él o a al muchacho de cabellos rizados que sirvió de intermediario. Se detiene a comer mucho después de que las campanas

llaman a la mesa. Regresa antes del cierre. ¿Va a quedarse más noches? No lo sé. ¿Ha disfrutado la ciudad? No he tenido tiempo. Debería darse esa oportunidad. Tiene razón. Se dedica a seguir buscando. Y, al tercer día de ciudad, decide que es suficiente. Está sentada, haciendo nada, en una plaza llena de turistas y cámaras. Va a regresar a casa. Tiene trabajo pendiente y no puede perder el tiempo en seguir el juego de un desconocido que ni siquiera se ha hecho presente. El cielo sin luna tiene una sola estrella. De reojo mira llegar al tipo de cabellos rizados. Le sonríe. ¿Qué sucede con ella? Su amigo está esperándola desde hace hora y media en un café a dos calles de ahí, ¿por qué no entró?¿Dejaron una nota para avisarle? No, ¿Cómo iba a saberlo entonces? Bueno, el amigo le sonrió cuando pasó frente al café. Se suponía que ella debía reconocerlo sin ayuda, era parte del juego. Pues soy muy mala jugadora. Pésima. Ahora debe ir. Saluda a un hombre calvo. No es él. A un camarero. Tampoco. Es el de la barra. No, espera a otra persona. Una voz cerca de la puerta la llama por su nombre. Tiene por lo menos seis años menos que ella. Le dice algo que no entiende, no habla italiano. Él no habla español. ¿Francés? Un poco nada más, su fuerte es el alemán, hizo la escuela en Viena. Es griego, estudiante de artes. Le pide un cigarrillo. En francés: lo siento, no fumo. Sonríe. Es de una perfección aterradora, pero con la mirada dulce. Efecto de la soledad, explica. Le pide que lo acompañe a comprar tabaco, sabe de un estanco que cierra tarde. Conversan casi sin entenderse. Le alegra que haya aceptado la invitación. Creyó que no lo haría. No tenía porqué no. Un beso. Tiene una boca hermosa. Es hora de irse. ¿Dónde se está alojando? Cerca, pero no admiten visitas en los dormitorios. Además, es tarde, deben haber cerrado ya. Puede ser en su casa. Hay demasiada gente ahí. ¿Entonces? Sobran hoteles.

La despierta el de los cabellos rizados. La familia de su amigo está por llegar, quiere conocerla. ¿Dónde está él? Tenía clase temprano. No sintió a qué hora se levantó. Se verán más tarde. No sintió a qué hora entró él. ¿Puede apresurarse?, la familia está por llegar. De acuerdo, pero antes tomará un baño y se arreglará un poco. ¿Por qué no se quedó él? ¿Acaso no le explicó? ¿El qué? Llaman a la puerta. Una mujer de gesto tosco entra y la abraza como si la conociera. La besa. La presenta

a su esposo y a su hija. ¿Habla italiano, alemán, griego? Español, francés y algo de inglés. El muchacho de los rizos traduce. La miran sin cesar. Les da gusto conocerla por fin. Le agradecen que haya querido tanto a su hijo–él también la quería-. No entiende, no conoce al hijo de ellos. Dormiste con él anoche. Lamentan que su muerte haya sido tan trágica y que ni uno de ellos hubiera estado a su lado entonces. ¿De qué hablan? El muchacho de los rizos le explica que sucedió hace casi un mes. Su amigo debió haberle explicado: un accidente. Él se había encargado de todo. Apartaron una porción de las cenizas para ella. Ahora debe abrazarlos, llorar un poco si le es posible. Sigue traduciendo: vienen a ofrecerle ayuda. Quieren también que el bebé nazca en Grecia y lleve su apellido. ¿Bebé? Les he dicho que estás encinta de él. ¿Lo estoy? Eso esperamos. Quieren saber si aceptas. No eres tan mala jugadora después de todo. Dice que acepta.

Hombre sin

Es una muchacha estrecha y pequeñita con barbilla perfecta que habla sin fijar la mirada. Acostada y desnuda, pienso, su columna debe verse como la de los pollos que sirven en los restaurantes. ¿Qué van a ordenar? Pollo para mí, que sea la porción que incluye la columna vertebral. Y un vaso de vino. ¿Para la señorita? Me pide que ordene por ella, cualquier cosa estará bien, siempre y cuando no sean mariscos, le cuesta demasiado digerirlos. ¿Un filete? Acepta, aunque últimamente, confiesa, le ha perdido el gusto a la carne roja. ¿Qué tal pasta? Esta vez sonríe. Fetuccini para ella. ¿Para beber? ¿Vino estará bien? No le gusta el vino, prefiere una Coca cola. Con hielo. El mesero anota y se marcha sin sonrisa mientras la chiquilla me da las gracias por haber traducido algo que ella misma podía haber dicho. ¿No maneja bien el idioma?, ¿o es que no le gusta? No logra acostumbrarse, tiene que traducir incluso para dar las gracias. Es cuestión de tiempo, verá. Tiempo, claro. Apenas lleva aquí dos semanas. ¿Vive en casa de parientes? No tiene familia acá. ¿Con amigos? No. Vino sola, alquila una pieza en una pensión para amantes ocasionales de bajo presupuesto. Si quisiera, podría venir a vivir a mi apartamento; no es muy amplio, pero tiene una vista agradable y, aunque solo tiene una habitación, es posible para alguien de su tamaño y su poco equipaje alojarse en el estudio. Me lo agradece, pero dice haber pagado dos meses de antemano en la pensión –una medida de seguridad por si luego se quedaba sin plata- y el tipo que lleva el lugar le aclaró que no le devolvería ese dinero si luego encontraba otro sitio y decidía largarse. ¿Entiendes o no? Es un libanés que se la pasa dándole indicaciones y termina siempre sus frases con esa pregunta o contándole que habla francés porque vivió algún tiempo en París antes de venirse a esta ciudad, ¿habla ella francés?, debería, él podría enseñarle a cambio de, ¿qué?, ¿con qué podría pagarle ella si ni siquiera tiene empleo? Cierto, debe conseguir uno. Puede ayudarla en eso, dice, y llama a su habitación cada que advierte que la luz está encendida con el pretexto de darle noticias sobre un posible trabajo, pero lo que en realidad quiere es

conversar un poco, y, claro, como es la única cliente que no es de una sola noche ni tiene obligaciones con una pareja, le ha parecido que pueden hacerse un poco de compañía a la hora de las comidas. Ella ha optado por regresar tarde y sin hacer ruido para evitarlo. Le agradece la amabilidad y el descuento que dice haberle aplicado al precio de la habitación, pero la cansa escuchar las mismas frases pronunciadas de tan lenta manera. No es su culpa si el libanés no ha logrado hacer amistades en esta ciudad o no va al cine porque resulta que puede enviar el dinero que se ahorra no yendo al par de familiares que tiene en su país. Siempre lo mismo. Así que ella, siempre lo mismo, le dice que no puede quedarse a conversar más, que debe salir a buscar trabajo y, en lugar de hacerlo, se queda dando vueltas por ahí, pensando o simplemente viendo a la gente como si llevara viviendo en esta ciudad suficiente tiempo como para dar direcciones. Creyendo que de verdad lo llevaba, me le acerqué para preguntarle por una calle estrecha. Me pidió que esperara un momento, sacó su mapa y se dijo en español que había visto esa calle hacía unos minutos, dónde era que estaba, por acá, por acá, ajá, y tradujo: tenía yo que caminar hacia la esquina y seguir hacia la derecha. Creí que eras de esta ciudad. Un no entre sonrisas. ¿Cuánto llevas acá? Tres semanas. Entonces la invité en español a tomar algo, a sentarnos un rato para conversar, ¿tienes tiempo? De sobra. ¿Tomamos algo o prefieres comer? Comer. Aún no era hora de la cena, pero tenía hambre retrasada. De acuerdo. Le preguntamos a una mujer de abrigo rojo si sabía de algún buen lugar en las cercanías. Que no, que los buenos sitios no se establecían en esa zona, ¿han echado una mirada alrededor? Entonces entramos en la primera puerta donde había un menú en el escaparate. Un lugar con sillas cómodas y temperatura agradable. ¿Tienes nombre? Pronunció uno con la seguridad de los que mienten con frecuencia. Celia, repetí. Somos de regiones vecinas, pero mi acento ha cambiado después de veintiocho años y cuatro meses de estar fuera. ¿Nos habríamos conocido si nos hubiéramos quedado en nuestras regiones? No lo cree. Desvía la mirada. Llega el mesero. ¿Qué van a ordenar? ¿Está conmigo por la comida? Está porque la invité, no fue a ella a quien se le ocurrió sentarse en una mesa de restaurante de medio pelo,

puede pagar su factura si a eso me estoy refiriendo. No es por eso, preguntaba si habría aceptado cualquier invitación en esa calle o había accedido porque se trataba de mí. Vea, ni siquiera ha preguntado mi nombre; me llamo Alejandro, aquí está mi tarjeta con mi dirección y mis números, puede llamarme o buscarme si desea conversar conmigo. Me lo agradece. Tómela, puedo ayudarle. Lo sabe. ¿Ya tiene empleo? Aún no. Puedo conseguirle uno. Sueño igual que el libanés de su pensión, ¿también vivi en París y hablo el francés? Me disculpo, no quise incomodarla. Está bien, tampoco quiso ser grosera, es solo que la desubica el que un desconocido quiera de pronto ayudarla, se ponga a sus órdenes y de remate le dé su tarjeta para que pueda localizarlo. Es que usted me recuerda a mí cuando tenía su edad y recién llegaba acá. No nota parecido alguno. Es posible, pero estoy seguro de que, si hubiera sido mujer y nacido en fecha diferente, sería como usted. Vamos a llevarnos muy bien, se lo aseguro. No manejaba la posibilidad de volver a verme, ni siquiera consigue ubicar aún una calle con bancas y árboles bien recortados a la que fue a dar en su primer día acá. Le pido que no dramatice, las ciudades, después de todo, no son tan grandes y uno siempre puede volver a verse en ellas. Todo es que la persona quiera dejar encontrarse. ¿Usted quiere? El mesero pregunta si deseamos ordenar algo más, un postre tal vez. Le pedimos la cuenta.

¿Caminamos un rato?, para hacer la digestión. Que no, que tenía planeado algo más, pero que gracias por todo, mucho gusto, lo llamaré. Y comienza a caminar. Es de pasos cortos e inexperta en los asuntos del frío como yo cuando pesaba 118 libras, usaba pantalones talla 28 y ya por fin medía lo que mido. Habla como yo solía hacerlo, aunque yo no tenía un libanés que entraba a mi habitación cuando no estaba, como el de ella, que deja cenizas en el piso o colillas en el basurero y no le importa que le reclamen con diplomacia, contesta que eso es de cuando hacen la limpieza, ¿entiendes o no? Pero no es cierto porque la limpieza la hace una viuda con tinte platino que la llama flaquita y no fuma.

¿Caminamos un rato?, para hacer la digestión. Debió haber respondido que porqué no, así hubiéramos conversado un poco más en algún otro lugar, de lo que ella quisiera, de lo que ya me había dicho, de que acababa de llegar, que no la esperó

en el aeropuerto una comitiva con flores, que apenas iniciaba su tercera semana acá, que no sabía si se quedaría en la ciudad o se movería a otra antes de regresarse a su país, que no tenía empleo porque no lo buscaba, que quién iba a encontrarlo si en lugar de preguntar se quedaba en las calles dando direcciones con ayuda del mapa que le dieron en el aeropuerto. De manera que esas tenemos: no va a trabajar. No. ¿Por qué le dice al libanés que va a hacerlo? ¿Por qué tendría que decirle la verdad? ¿Por qué tendría que decirme a mí su nombre verdadero, no es cierto? Y sonrió. Tiene los dientes ligeramente separados, dientes de colegiala. No le vendría mal decírmelo, no pierde nada, además no va a volver a verme ni va a llamarme –lo sé-, ni yo iré luego a buscarla a su país, se lo aseguro, le dije. Que entonces para qué quería saberlo, Celia o cualquier otro dará igual para nombrar a quien pronto había de olvidar, ¿o acaso pensaba recordarla toda la vida? A lo mejor. Que no fuera ridículo, que me agradecía la cena a deshora y que se largaría en unos minutos, tenía otros planes. ¿Me deja usted? ¿Acaso no tenía yo que ir a cierta calle estrecha por la que pregunté? Deben estar esperándome. Es cierto. Bueno, ¿qué hará mañana? No lo sabía. ¿Qué dijo en el aeropuerto que haría acá? Turismo. ¿Qué dijo en su casa cuando empezó a preparar las maletas? Que necesitaba descansar un tiempo, un par de semanas. Absurdo: esta clase de ciudades no están pensadas para descansar. De todas maneras se va. No quiere quedarse a escuchar lo que tengo que decirle, y eso que podría yo explicarle cosas que le puedan ser útiles en esta ciudad -si se queda-, cosas como que debe cuidar su garganta en invierno para no pescar un resfriado o quedarse afónica, que las tiendas de los chinos pueden sacarla de apuros cuando tenga necesidades y no cuente con suficiente dinero, que cuando tenga problemas para entender lo que la gente le dice les pida que desplieguen subtítulos en español a la altura de la cintura, ese tipo de consejos que le ayudan a cualquiera a llevar una vida más o menos agradable. Se pierde de tomar nota de cuanto le digo. Se pierde de que luego la invite al cine. O al teatro. O a un recital de violín. Se pierde de que le diga no tiene nada más que hacer, ¿cierto? Y de responder no y de insistir en que si acaso no tenía yo que ir al lugar por el que le pregunté la ubicación. Cierto, pero no todos los días una chica de su edad acepta invitaciones para comer y caminar

un rato –le diría–, no todos los días se encuentra uno a una chica con mapa que resulta agradable, aun cuando miente. Y aunque a lo mejor también de todas maneras se habría marchado diciendo que no es que tenga prisas sino que simplemente quiere irse, no por mí, sino porque está cansada: tiene los pies planos y no soporta caminar demasiado. Entonces yo me habría puesto a pensar en que, si me hubiera puesto menos serio al hablar, si no la hubiera mirado tanto, si le hubiera contado un chiste en lugar de hacerle preguntas, tal vez ella habría querido saber mi nombre y habría preguntado algo acerca de mí. ¿No cree? Le pregunto a una morena de cabello teñido y cara de ser de las que no gustan de conversar por las mañanas que responde que es probable, pero que no debería pensar más en eso. ¿En serio voy a invitarla al cine? Podríamos comer algo antes. Cené temprano. Con ella. Con la que terminó yéndose. De acuerdo. Hacemos fila en la taquilla. ¿Tengo por costumbre hacerlo? ¿El qué? Invitar al cine a las chicas que responden a mis preguntas en las calles. No. Puede resultar peligroso, nunca se sabe el tipo de gente que se está invitando a pasar a la vida. La examino de reojo. No me parece de esas que muerdan certera y firmemente en la yugular hasta hacer desfallecer al interlocutor. Se ríe de mi comentario. Nos dan malos lugares para la función. Se queja. Son las peores localidades.¿Me sucede con frecuencia? ¿El qué? Que me toquen los malos asientos. No. A ella sí, casi todo el tiempo. Comienza la película. Pregunto si cree que debería regresar a mi país. Lo siente, no es de las que habla en el cine y, debo disculparla; tampoco soporta que le estén diciendo cosas en medio de la función, es de mal gusto, ¿no lo sé? Por supuesto que lo sé, me permite, voy al baño, una urgencia. Y busco la salida. Regreso a la calle. Aún deben estar esperándome en la casa de mis amigos.

Un abrigo gris con mujer dentro se cruza en mi camino. Le dijo hola y sonríe, y sigue su ruta antes de que le pregunte si es de por acá o si es polaca y si por casualidad no querrá ella acompañarme a caminar un rato. Me quedo de pie pensando en si seguirla o no. La polaca podría resultar ser una buena persona. Continúo parado. Podría hacer que la estancia en esa esquina durara tiempo suficiente para que llegara a sentir algo por ella, pero hace frío y aún deben estar esperándome mis amigos en su casa.

En noche de miércoles

Se acomoda la blusa Se abotona el abrigo Paso lento, las manos en los bolsillos, la vista al cielo Neón Una vista a los alrededores Las manos por la nuca Si sirviera de algo, se llevaría compañía a casa esta noche, pero los revolcones con extraños no ayudan a aliviar la soledad, ni siquiera cuando el extraño viste abrigo azul, tiene manos agotadas y anota sus datos en el reverso de un boleto Caminar tampoco ayuda gran cosa Las ciudades ajenas suelen tener calles más cortas que el tiempo que le sobra a quien está de paso y anda sin prisa Ordena un café grande, para llevar Desabrocha su mejor sonrisa para que la pareja sentada junto a la ventana la invite a compartir su mesa No logra congraciarse con ella Debe tener aliento a desvelo Mejor regresar pronto La temperatura va descendiendo Paga el importe No hay música en las calles Tampoco niños Los que están solos reparan en demasiados detalles No tiene sueño Es temprano La habitación no tiene televisor Ni ventanas Debió haber sido una bodega El papel tapiz fue mal puesto Es tarde A veces quisiera muchas cosas: ser diestra en algo, no recordarlo todo, llamarse Eugenia y tener los dedos cortos No se puede todo en la vida No se puede mucho a veces Debió haber comprado algo para comer Y una crema humectante Tiene boletos del teatro para mañana y el jueves Mañana tarda demasiado en llegar Si fumara, sentiría el tiempo aún más largo Intenta dormir Se mira los pies, están ásperos y con las uñas sin brillo Siempre olvida barnizarlas Contra la aspereza no puede nada, es herencia de la madre, una mujer de huesos porosos Se da la vuelta Otra La noche mejoraría con una almohada extra Se la solicita al casero No tiene más Tampoco tiene libre una habitación más grande ni la tendrán por el resto de la semana Tal vez el próximo mes Le sugiere que salga a dar una vuelta si no está cansada La ciudad es interesante y las habitaciones son para dormir, no para vivir en ellas Regrese cuando tenga sueño o necesidad de la cama Tomará un baño Puede tardar el tiempo que guste, los demás clientes han salido, seguramente no regresarán desesperados por ocupar la tina Se sumerge Es una lástima que no haya en esa pensión

un fantasma que se pase la noche jugando con ella En todas las casas hay siempre una habitación donde murió alguien Ahí no Pero está la mujer del casero Puede conversar con ella La luz de la habitación está encendida, la puerta entreabierta Se asoma No pide permiso La mujer le hace señales para que pase adelante Podría haberlo hecho si hubiera querido Los créditos de una película en la pantalla Pregunta quiénes son los jóvenes de los retratos Clientes Escriben con regularidad, pero todas dicen lo mismo, así que solamente atiende y conserva las postales y las fotografías Anota en el reverso el nombre de cada uno y la fecha de recibo Contesta muy pocas Puede leer algunas si lo desea Luego, si quiere, puede ayudarle a contestarlas, está atrasada con eso Inicia la siguiente película Ya la ha visto No es muy buena Podrían cambiar de canal O comer algo Tiene hambre Sabe que no cocinan para los clientes, pero podría pagárselo extra Sería solamente por esa vez No quiere cenar con los platillos de la marisquería del primer piso Un trozo de pan con cualquier cosa estría bien La mujer accede a cambio de que le mantenga caliente el puesto en la cama Es el de su marido, le gusta acostarse con el colchón tibio y los lugares se enfrían con facilidad en esa época del año No tardará mucho Cinco minutos a lo sumo Tiene un horno de microondas y puede recalentar las sobras de la cena Si llega el marido, debe cambiarse de lado antes de que él le diga algo Calienta el sitio Llega el casero Se molesta con ella Le recuerda que le dijo que no podía darle otra habitación y que la suya estaba al final del pasillo Quiere que salga de inmediato, ha cometido un abuso Mañana mismo la quiere fuera de su hospedaje Trata de explicarle el trato que hizo con su esposa El casero le dice que no tiene esposa Tenía encendido el televisor El televisor lo dejó encendido él Un fantasma, entonces El fantasma de una mujer No hay fantasmas en ese lugar Dijo que iría a prepararle algo para comer No hay nadie en la cocina Ni siquiera hay un horno de microondas ni restos de la cena: le traen del café de la esquina la porción exacta para él Odia guardar sobras No le ha mentido No quiere escuchar más Lo dejará pasar por esta vez, pero no quiere volver a encontrarla en su habitación Le señala la puerta La mujer regresa con la comida Pregunta por la chica No han aceptado chicas en esa pensión desde hace años, lo sabe Exigen demasiado Se quejan por todo Se van sin pagar Habría jurado que había una chica

recién bañada en la puerta Debía estar soñando Incluso estuvo con ella dentro Conversaron Uno conversa en los sueños A veces hasta se rie Le calentó las sobras de la cena Puede comérselas él, por eso no hay problema, tiene espacio para un bocadillo Las sobras no son muchas Servirían para alimentar a un pájaro Iba a ayudarla a responder las postales Debe estar muy cansada La luz al final del pasillo está encendida La dejan así para espantar a las ratas, debería recordarlo.

Llaman a la puerta

Es un niño. Nueve años a lo sumo, ojos grises, pálido. Pide que lo ayudemos, no tiene abrigo el pobrecito, lo asaltaron cerca de acá. Quiere llamar a su casa. Dile que no tenemos teléfono, que lo sientes mucho. Es invierno, su madre debe estar preocupada. Su madre no debió haber dejado que saliera. Es que se había fugado, ya sabes cómo son los chicos a veces, las ideas que se les ocurren. Un truco. Ya lo han puesto sobre aviso. A altas horas de la noche llaman jovencitos a la puerta, cuentan un percance cualquiera y piden ayuda, entonces, cuando uno –que quiere creer que puede ser un benefactor- se acerca, sacan su arma, apuntan, insultan y roban todo lo que pueden. Le ha sucedido a más de alguno. ¿Qué harían entonces? ¿Quién podría ayudar a un par de viejos como nosotros? La policía siempre llega tarde, cuando llega. Es un niño, no podría hacer eso. Los niños ya no son de fiar. He sabido de adolescentes que ni siquiera roban, entran solo para burlarse del miedo de quiénes cayeron en su trampa. Tonterías, no ha visto en la televisión notas como esas. Esta es una oportunidad para ser buenas personas, podría ser incluso que no se tratara de un niño, sino de un ángel, ya sabes, ellos tienen la costumbre de aparecerse en esa forma. En esta ciudad no debe haber ángeles ya. Además, las apariciones sagradas no le suceden a gente como nosotros. En eso están de acuerdo. El niño llama de nuevo. Pregunta si la señora continúa ahí. Dile que no puedes ayudarlo. No sé cómo. Solamente apaga la luz.

INDICE

Asimetría Página 5

Color del Otoño Página 7

Hoy (por la mañana) Página 15

Empleo Temporal Página 17

Nadia (1) Página 18

Nadia (2) Página 20

Nadia (3) Página 23

Nadia (4) Página 25

Nadia (5) Página 27

Nadia (6) Página 28

Juego entre tres Página 30

Hombre sin Página 33

En noche de miércoles Página 38

Llaman a la puerta Página 41